

El Reino es un asunto de niños

Juan Carlos Uhía¹

*Hoy abre Dios de nuevo la puerta del hermoso paraíso.
El ángel ya no está allí.
Alabanza, gloria y honor a Dios.*

Dietrich Bonhoeffer²

Hasta hace relativamente poco la gente podía tener una vivencia de ser ella misma más o menos clara. El desarrollo de alguien solía ser un proceso en el que la identidad personal jugaba un papel fundamental y la dignidad era el foco de todo esto.

La incesante desvinculación humana ha incidido en la actual impostación en donde buscamos desesperadamente sustituir lo esencial para poner en su lugar lo mediático, lo espectacular, lo falaz. La sustitución de lo trascendente cada día resulta más imposible, pero el dolor de intentarlo y de querer mostrarlo realizable ya está pasando cuentas de cobro fatídicas y desesperanzadas.

La desvinculación humana en la niñez arranca desde antes de la misma noción de existencia del infante. Los niños parecen no ser bienvenidos y son expulsados de la cultura de la eficiencia y del resultado.

Los niños no son económicamente justificados, salvo cuando en algunas ocasiones se sopesa la posibilidad de darle gratificación a algún adulto que así lo requiere. En todo caso, son usados como consuelo, como alegría artificial de improvisadas parejas o de decisiones unilaterales que buscan llenar vacíos existenciales o de inmadurez o de irresponsabilidad. Por

¹ Juan Carlos Uhía es psicólogo, filósofo, comunicador social y autor e investigador de temas éticos y morales. Es consultor y asesor de diversos proyectos e iniciativas en estos tópicos. Contacto: jcuhia@hotmail.com

² Bonhoeffer ¿Quién es y quién fue Jesucristo? Su historia y su misterio. Libros del Nopal. Barcelona, 1971. Página 176.

donde se le mire, esta economía justificativa es vergonzosamente cruel con la infancia.

Y como si esto no fuera suficiente, la vida infantil está plagada de ansiedad, de depresión y de soledad. La desvinculación ha sido, y es, una larga estocada que ha herido toda la extensión humana empezando por su base esencial. El dolor de esta herida dura toda la vida, pero se asienta allí donde humanamente se empieza.

Precisamente, por ser lo infantil el inicio, es que la teología que quiera apreciar toda su profundidad debe admitir que la niñez es una especie de primer orden, un génesis humano si se quiere, en donde podemos encontrar causas primeras de la condición moral y espiritual que se expresará en otros intervalos de la vida. Esta es la categoría de infancia que Edesio Sánchez denomina como metáfora y que tanto le gusta examinar a la luz del Reino de Dios.

Quiero proponer una metáfora sobre otra. Me gustaría invitar a navegar el río de la vida desde una orilla y otra. Es decir, tratando de inspeccionar no tanto el flujo de la corriente, sino mirando el cauce que contiene al río. Quiero invitarlos a no avanzar sino a contemplar lo que contiene al río mismo.

El Reino de Dios parece un fondo del que da cuenta la transparencia del agua. No importa si hay partes hondas o superficiales, el fondo está allí. El río transcurre, pero el fondo permanece. Hasta aquí todo parece normal.

Pero la vida humana que ha sido hecha para fluir, por eso aunque somos el mismo río, no somos los mismos en el río, está siendo contaminada desde las orillas. Hay impurezas que ahora no dejan ver el fondo y que lo ocultan sutilmente para que no sepamos si podemos afirmarnos allí o si es necesario nadar y flotar. Estamos perdiendo la confianza en el Reino, en nuestro fondo. Ahora hay miedo.

El fondo siempre está porque el Reino quiere garantizar el fluir de la corriente de la vida. Quiere que vayamos al encuentro de un océano eterno en donde todo es él, el Creador, el hacedor. El amor del Padre.

Pero cuando hay miedo y temor, fluir no es tan fácil, preferimos las orillas, allí desde donde se está contaminando el río. Creemos que ese es el sitio

seguro, cuando en realidad, el fondo nos asegura la fluidez de nuestra vida.

La idea es quitarle movilidad a la vida humana. Robarle su necesidad de dinámica, que pierda la noción de vitalidad y de experiencia que tanto nos alimenta. Hay partes en donde se han levantado verdaderas represas para bloquear el paso, para estancar lo vivo.

Lo que le ocurre a la niñez es ataque especial y pérfido. La noción es atrapar las aguas nacientes, restarles su brío y negarles su pureza. En realidad, lo que le ocurre a los niños le resta a la humanidad toda.

La niñez-metáfora de Edesio Sánchez es una bella figura que ofrece un relato constitutivo de la humanidad, en donde los comienzos garantizan la condición del transcurrir de la historia al modo de Dios; o, si se quiere, en la perspectiva de Dios, es decir, en su Reino.

El Reino proclamado y demostrado por Jesucristo es el ámbito de la reconciliación de Dios con la humanidad. Es el deseo de Dios para unir lo que la humanidad pretenciosa ha desunido.

El Reino, en fin y a mi modo de ver, es el estado deseado de madurez de la fe ¡Pero la fe es tremendamente infantil!...La fe que es la mueve montañas y desarraiga árboles, es la que también sana y resucita, es la que inyecta en el mundo la gracia de Dios. Su deseo de bondad y de plenitud espiritual.

El Reino rompe la lógica del mundo: Ni armas, ni ejércitos, ni poder ni jerarquía. El Reino al mundo lo reta porque le establece una frontera tajante: Su estructura está errada, porque aún buscando lo bueno, hace lo malo. Denigra la dignidad humana para alcanzar sus metas. Siguiendo con m metáfora, el mundo quiere bloquear al río.

La fe, que es el grano de mostaza, arranca en pequeño. En muy pequeño, si se quiere. Pero crece con experiencias de abrigo, de cuidado de sí y del otro. Crece no para mostrarse, sino para servir. Crece para ser y no para hacer o tener. Por eso el Reino es de la infancia, de un espíritu infantil que se amplíe en la experimentación y que viva más el gozo que el resultado.

Un niño-creyente, o mejor, un creyente que mantenga niña su fe. A pesar de todo, a pesar del mundo. Que vaya y vea el dolor y también el gozo de Dios en la creación. Que sepa pedir más desde la fe y no desde el mundo y que crea que la bondad de Dios es su mayor bien. Creo que aquí está el núcleo de un Reino que no es de este mundo, pero que quiere impactarlo y conmoverlo. Es un Reino que impulsa a la vitalidad en todo. Aguas vivas.

¿Un mundo estremecido o un mundo conmovido?

Definitivamente este mundo vive estremecido. Ahora bien, siempre el mundo se ha estremecido. Lo que ahora sucede es que este clamor es global, se oye en todas partes, se ve en cualquier parte. No es el estremecimiento de la caída de Roma que afectó tanto su momento histórico, y que quizás pasó desapercibido para muchos en su época.

Estos estertores actuales son universales porque las calamidades se viven al segundo. Somos testigos participantes. La historia ya no es algo que pasó, ni siquiera algo que pasa. Más bien, algo es historia, sin tiempos de procesamiento, sin digestión. Todo y nada valen y pesan lo mismo. El nihilismo más primario es el que nos abarca. La no-razón, la no-reacción.

Pero por su parte, el Reino se muestra distinto. No quiere abarcar, sino abrazar; no quiere imponer sino convencer; no quiere convertir, sino transformar. No quiere tener, quiere ser. Tampoco quiere hacer, solo ser. Incluso a veces pienso que ni siquiera quiere, sino que ya es.

Este Reino busca conmover; movilizar desde adentro. De lo interior a lo exterior. No es competencia política o social; y mucho menos religiosa. Este Reino no nace, sino que hay que nacer para él. Es el Reino de la conmoción porque en vez de agotar, genera llenura, plenitud y gracia.

Es un Reino de alcance infantil. Solo basta con creerlo y dejar que venga a nosotros. Solo basta con desearlo y empezamos a ser sus embajadores, sus dignatarios. Es un Reino de completa libertad y de completa experimentación. Es un Reino para bienaventurados pobres de espíritu, mansos, lloradores, anhelantes de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, pacificadores y, para colmo, perseguidos. Es un Reino para niños, eso sí, valientes y arriesgados.

Es el Reino de los cielos, en la tierra. Es la conmoción y no el estremecimiento. Es la ingenuidad y la inocencia. Es el león hecho cordero.

No conozco a Sánchez personalmente, pero advierto en su libro el sabor de una teología que mira con el candor infantil para hacer realidad el Reino del pan y de la leche y de la miel.

Extinción humana y restauración divina

Arranqué exponiendo el rompimiento humano que hoy nos caracteriza. Es oportuno y prioritario también decir que el Reino trae consigo la restauración de los vínculos. La sanación de lo herido y la resurrección de lo muerto.

Lo humano está extinguiéndose, a la par que la naturaleza. Nuestra primera víctima fue la creación misma. La desdeñamos y la apartamos. Ahora sufrimos la consecuencia, pues los extraños en la naturaleza somos nosotros.

El agotamiento humano proviene del aislamiento entre una persona y otra. El vacío percibido es la mayor de las condenas. La nada como consideración de horizonte apoca alma y espíritu.

Negar nuestra vulnerabilidad y desear andar por el mundo sin propósito ni freno propio ha terminado por fragmentar y enclaustrar la vida de cada quien. El estremecimiento ahora va hacia el interior y de allí viene el ánimo de “inhumanizar” la infancia. De asolar lo humano desde el inicio de su humanidad.

La batalla en contra de la infancia ha comenzado con gran estremecimiento. Hay rumores de desastres, de dolores y de grandes calamidades. El propósito es negarle a cada quien su identidad, su *mismidad*. La estrategia es acortar el cauce de la vida; bloquear la fluidez de nuestras dinámicas interiores y negar la fuente de nuestra constitución cuerpo-alma-espíritu. Se trata de negarle a este último su validez y de mostrarnos dolorosamente materiales.

Esta unidimensionalidad es condena perpetua. Trae la muerte de la esperanza y aplaza indefinidamente la necesidad de la trascendencia. Ya no hay Reino sino ego soberano. Egos en combate.

El mundo visto por el niño-metáfora de Sánchez o por el creyente de fe niña no ve el límite del ego, porque al ego le encanta imponer la división para restar, ese niño ve y cree en la posibilidad de la suma y de la multiplicación. ¡Esto es tuyo y también mío! Y por allá se oye la conclusión: ¡Es nuestro! Y el mundo es un lugar para gozar con la reconciliación, con el servicio, con la Común-Unidad. Con el compartir gozoso; con el servicio donador.

La fe niña no entiende de política o de repartición social. Sólo busca lo que viene de lo alto, lo que bendice. Lo demás va apareciendo, se va juntando y la vida ya no es agonía del ego sino sinfonía del Yo y del Tú y del Otro que viven en mí.

Volver al orden inicial es volver al orden celestial cuando el mundo nos incluía. Cuando la creación era la evidencia directa del amor de Dios. Es volver a un mundo en que queremos sojuzgar con la mirada siempre *benedicida* de Dios, porque Dios a donde mira bendice.

Hay que aprender a ejercer dominio primero en cada uno y luego a enaltecer el Yo del otro para conformar común unidad de pareja, de familia, de equipos de trabajo.

Es en la niñez en donde ganamos el sentido de sí. Es allí en donde podemos iniciar una vida de humanidad real. La niñez es riqueza emocional para la vida, aunque también puede ser miseria de vínculos y de relaciones.

Por eso entender una teología bíblica desde la infancia, como la propone Sánchez, es trazar la metáfora de lo que podemos ser. Es abrir el corazón para que el Reino sea, captando la verdad de que al ser niños, es decir, con una fe menuda, podremos gozar desde ya de ese Reino.

Eso sí, en mi entender, no es la de Sánchez una teología de la infancia como en el caso de Harold Segura, el autor que revisamos en un encuentro pasado. Es una perspectiva bíblica para hacer teología y ahí ya

hay diferencias y claves distintas. Aquí expongo tres examinando el libro El Reino y la niñez y a su autor³:

En acuerdo total con estos abordajes en donde lo niño es tema focal. El ataque contra la niñez es una realidad, por cierto muy dolorosa, del que no se puede exceptuar a ninguna sociedad ni a ninguna confesión. Es criminal y muestra de la mayor perversión. Por eso mismo, poner el tema de la infancia y de sus posibilidades, como interpretación bíblica como es el caso de Sánchez, es resaltar una de las obligaciones morales que la iglesia tiene ante una deuda de siglos.

En segundo término, me gusta mucho que la infancia sea asumida por Sánchez, y aquí un reconocimiento de pionero latinoamericano del tema, como lupa especial para ver la revelación y la relación con Dios. Es una forma interpretativa aguda para “desencantar” la rigidez de las formas teológicas. Para hacer una propuesta que quita las estructuras del conocimiento dogmático como única vía de exponer y convocar el diálogo Dios-humanidad.

Y ya hacia el final, me atrae sobremanera el que el Reino sea utopía, pero precisando que no es como Utopos, es decir, un sin lugar como se entiende el concepto, sino que es más bien una Eutopía, o sea, un buen lugar o el mejor lugar para realizarlo.

Con todo y su omnipotencia, Dios busca lo humano para su Reino. Por supuesto qué mejor lugar que la voluntad humana, que el corazón con todas sus posibilidades. Qué ubicación tan paradójica para hacer la voluntad divina, nada menos y nada más que la voluntad humana. Nada tan improbable y, sin embargo, esa es la apuesta del Creador. Allá en lo íntimo, en lo más recóndito del ser, allá se vive la eternidad.

Y para evidenciarlo hay que pensar, hablar, sentir y actuar como un niño. Hay que volver a empezar. Hay que volver a nacer ¿Cómo? Y el Maestro explica y acompaña de nuevo...

³ Sánchez, Edesio. El Reino y la niñez. Un recorrido bíblico entre fe, niñez y juventud. Agapea,com Libros